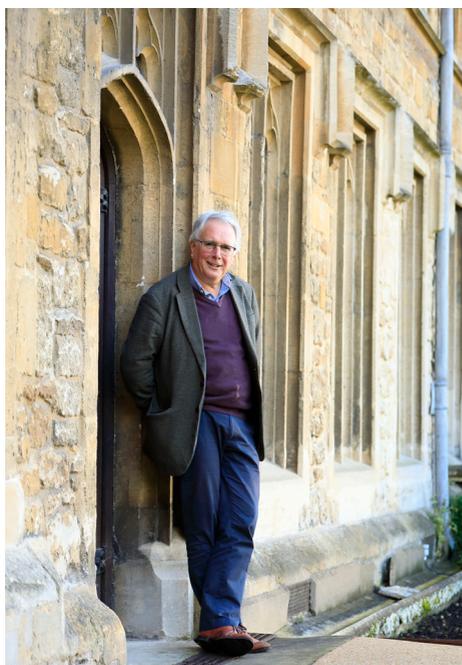


UN PASADO CARGADO DE FUTURO CONVERSANDO CON MARTIN CONWAY SOBRE LA HISTORIA EUROPEA DEL SIGLO XX



Martin Conway es profesor de historia contemporánea europea en el *Balliol College* de la Universidad de Oxford. Desde mediados de los años noventa sus investigaciones sobre diferentes aspectos de la segunda mitad del siglo XX europeo le han llevado a convertirse en uno de los grandes referentes internacionales en el estudio de este periodo de la historia europea. Entre sus principales publicaciones cabe destacar las siguientes: *Collaboration in Belgium: Léon Degrelle and the Rexist Movement 1940-1944* (Yale University Press, 1993); *The Sorrows of Belgium: Liberation and Political Reconstruction 1944-47* (Oxford University Press, 2012);

Carlos Domper Lasús¹
Universidad de Zaragoza
cdomper@unizar.es

y finalmente, *Western Europe's Democratic Age: 1945-1968* (Princeton University Press, 2020).

¿Por qué decidió convertirse en historiador?
¿Cómo acabó enseñando en Oxford?

No recuerdo haber decidido ser historiador. Recuerdo que decidí que me interesaba la historia, y creo que hay una gran diferencia entre ambas cosas. En algún momento entre los quince y los veinticinco años fui consciente de que me gustaba la historia, pero no pensé que eso me llevaría a dedicarme a ello. A decir verdad, tuve bastante suerte. Cuando comencé mi doctorado había muy pocos puestos académicos para historiadores en Gran Bretaña. Sin embargo, al terminarlo pude conseguir dos becas postdoctorales en Bélgica que, de algún modo, evitaron que acabara dedicándome a cualquier otra profesión distinta de la Historia. De hecho, cuando el segundo de esos contratos estaba próximo a terminar surgió la inesperada oportunidad de solicitar una vacante en Oxford, y tuve éxito. Por ello, considero que mi dedicación a la historia tiene más que ver con la sucesión de una serie de accidentes que con el éxito de una gran estrategia trazada de antemano.

¿Cómo ha evolucionado desde entonces el campo de la historia contemporánea europea?

La evolución más importante para los historiadores de la contemporaneidad es que el siglo XX se ha hecho más largo. Cuando empecé a trabajar la historia del siglo XX, se daba por sentado que la misma acababa en 1945, una fecha que no tiene sentido, por supuesto, en España, pero que tampoco lo tenía en ningún otro lugar. Sin duda, pertenezco a una de las últimas generaciones de historiadores que vivieron esa realidad. De hecho, el que en las dos últimas décadas mi trabajo se haya desplazado desde los años treinta y cuarenta a los sesenta y, ahora, a los setenta, no deja de ser un reconocimiento de que las nuevas fronteras de la historia contemporánea europea se sitúan en la segunda mitad del siglo XX. Es más, creo que debemos adentrarnos en el siglo XXI y en lo que yo llamo historia del presente. Tenemos que reconocer que el siglo XX terminó. Por supuesto, podemos discutir sobre la fecha concreta en la que eso sucedió, pero no cabe duda de que ha terminado y eso, necesariamente, tiene que cambiar nuestra forma de pensar sobre él. Algunos de los acontecimientos que parecían muy importantes cuando hablábamos del breve siglo XX de Hobsbawm, de 1918 a 1989, ya no lo parecen tanto.

A decir verdad, quizás mirar al siglo pasado desde la perspectiva del siglo actual nos lleve a estudiar nuevos aspectos del primero y eso son buenas noticias porque, bajo mi punto de vista, la historia del siglo XX corría el peligro de convertirse en un relato demasiado familiar. Al igual que otros muchos historiadores, yo había intentado evitar un poco los años de entreguerras. Sin embargo, a la luz de algunos acontecimientos sucedidos en el primer cuarto del siglo XXI, creo que hay nuevas preguntas que hacer a ese periodo por lo que ahora si me imagino dirigiendo mi investigación hacia esos años. En particular, creo que el regreso de la

volatilidad a la política de masas y la reaparición de organizaciones de carácter populista durante las dos primeras décadas del siglo XXI nos interpelan a regresar a los años veinte del siglo pasado en busca de nuevas interpretaciones. En definitiva, creo que replantearnos las preguntas que le hacemos al siglo XX al calor de los nuevos problemas que nos presenta el siglo XXI puede enriquecer y renovar de manera muy fructífera nuestros debates sobre la historia del siglo XX.

Sus primeras investigaciones se centraron en el mundo del colaboracionismo belga. ¿Qué circunstancias llevaron a un joven historiador galés a interesarse por el rexismo?

Esta es una historia muy personal y, hasta cierto punto, intrascendente. Crecí en una zona rural de Gales y desde muy pequeño quería ir a Europa, fuera lo que fuese lo que yo entendía entonces por ir a Europa. Por ello, cuando terminé la escuela en Gales, simplemente fui y encontré por casualidad un pequeño trabajo de oficina en Bruselas. En aquel momento, me planteé seriamente si quería ir a la universidad o simplemente quería vivir en Europa. Al final de aquel año, no solo me quedó claro que quería ir a la universidad, sino que me di cuenta de que estaba interesado en Bélgica. A decir verdad, ese interés no surgía de la centralidad belga en la historia europea sino precisamente de lo contrario. El hecho de que Bélgica hubiese ocupado una posición periférica con respecto a la historia contemporánea europea la convirtió en un espacio especialmente atractivo para mí. Además, era muy consciente de que había toda una serie de temas en la historia de Bélgica del siglo XX que no habían sido estudiados en absoluto por los historiadores belgas ni de ningún otro país.

Por lo que respecta a la elección del colaboracionismo como tema de mi tesis, al principio pensé hacer mi doctorado sobre el papel del

rey belga, Leopoldo III, en los años treinta, que es un tema realmente relevante. Sin embargo, pronto descubrí que aquél se había asegurado de que nadie tuviera acceso a ninguno de sus papeles personales. Luego pensé en trabajar sobre el éxito electoral rexista en 1936, aunque no tardé en descubrir que no había mucho que decir sobre una victoria que había tenido un carácter fundamentalmente accidental. En su lugar, finalmente, decidí centrarme en los años de la guerra porque pensé que la evolución de este partido cuasi carlista desde un catolicismo militante, a principios de los años treinta, hasta convertirse en una fuerza colaboracionista pronazi, en los años cuarenta, era una buena historia y quería comprenderla.

Cuando comencé mi investigación, no tardé mucho en comprobar que en Bélgica, como ocurre en otros lugares, es más fácil estudiar a los vencidos que a los vencedores. Dado que los rexistas fueron tan rotundamente derrotados y muchas de sus principales figuras, aunque no Degrelle, acabaron siendo juzgadas después de la guerra, se conservaba una enorme cantidad de documentación derivada de los juicios a los que fueron sometidos. De hecho, fui la primera persona que tuvo acceso a esos expedientes puesto que en los años ochenta existía en Bélgica un deseo general de ponerlos a disposición de los historiadores. Gracias a ello, tuve la oportunidad de examinar documentos muy emocionantes e interesantes, especialmente los interrogatorios a los que fueron sometidos los antiguos líderes rexistas al final de la guerra. Creo que a todos los historiadores les gustaría tener la oportunidad de leer los interrogatorios de sus personajes. Sin duda, fui bastante afortunado tanto con respecto a la elección final de la temática de mi tesis como con relación a las fuentes documentales con las que pude contar para llevarla a cabo. Ambas cosas me permitieron hacer un buen doctorado cuyo resultado final no solo acabó publicándose en

inglés, sino que se tradujo al francés y al neerlandés. Desde entonces, mi carrera siempre se ha desarrollado a caballo entre mi papel en Bélgica, como historiador y como comentarista público de asuntos contemporáneos, y como historiador de la historia europea en general.

En relación con esta pregunta, su investigación sobre el colaboracionismo belga le llevó al sur de España a finales de los años ochenta. Concretamente, fue a Málaga para entrevistar a Leon Degrelle. ¿Podría hablarnos un poco de ese encuentro?

Fui a ver a Degrelle a Málaga en el verano de 1987. Tuve la suerte de poder acceder a él a través de otro antiguo rexista al que había conocido en Bélgica. Una vez allí, me presenté en un bloque de pisos frente al mar. Su apartamento estaba en el último piso. Cuando llegué, se abrieron las puertas y Degrelle apareció tras ellas, de pie, con la gran bandera de la Legión Valona en la pared detrás de él. Era como si de repente hubiera dejado atrás el mundo de finales del siglo XX. En ese momento, tuve la fuerte sensación de que vivía fuera del mundo contemporáneo. Le entusiasmaba hablar de todo lo ocurrido en los años cuarenta, pero no le interesaba nada de lo que había sucedido desde entonces.

Era un mitómano. Siempre lo había sido, probablemente desde la década de los treinta, pero lo era especialmente en su vejez. No tardó en empezar a recordar algunas de sus habituales historias sobre lo que había hecho durante la guerra. Me di cuenta de que nuestra entrevista no llegaría realmente a ninguna parte a menos que cambiara el tono de nuestra conversación y, quizás un poco por casualidad, se me ocurrió la idea de hacerle una serie de preguntas sobre las personas con las que había trabajado en el partido rexista durante la guerra. A partir de ese momento, dejó de justificar sus acciones y se concentró en hablar de esas

personas. Inmediatamente, la conservación se volvió mucho más interesante. Además, empezó a darse cuenta de que yo sabía mucho más de ellos que él, porque durante la guerra él había pasado mucho más tiempo en el Frente Oriental y en Berlín que en Bélgica. Por lo tanto, cuando comencé a contarle algunas de las historias que había encontrado en los archivos sobre las cosas que sus compañeros habían hecho durante la guerra, así como detalles triviales relacionados con sus relaciones extramatrimoniales, mostró muchísimo interés y tuvimos una conversación bastante divertida. En realidad, no me rebeló ningún gran secreto, pero me ayudó mucho a hacerme una idea más clara de cómo había sido su experiencia en la guerra. A decir verdad, la guerra fue muy extraña para él. Se desplazaba continuamente persiguiendo el inalcanzable objetivo de lograr el apoyo de los nazis y la aprobación de los belgas para la creación de un gigantesco estado borgoñón, una vez terminado el conflicto. A pesar de que tal idea era una completa locura desde muchos puntos de vista, él nunca la abandonó. El hecho de que acabara volando a la España franquista y, por diversos accidentes, no fuera repatriado a Bélgica, significó que nunca tuvo que asumir realmente las consecuencias personales de haber malgastado su vida.

¿Cómo ha afrontado Bélgica el recuerdo del colaboracionismo? ¿Se han reconciliado los belgas con ese pasado?

No creo que los belgas hayan tenido nunca muchos problemas a la hora de asumir el rexismo. La percepción siempre ha sido que el partido rexista era un movimiento extremista bastante trivial dominado por la personalidad individual de Degrelle, y cuanto más se centran los belgas en la personalidad de su líder, menos tienen que pensar en todas las demás personas que le apoyaron. Así, el rexismo se convierte en una especie de historia de aventuras sobre un

periodista católico loco que perseguía su sueño de convertirse en el héroe de Adolf Hitler. Eso hace que sea relativamente fácil olvidarse de los orígenes sociales y políticos más amplios de la colaboración, sobre todo en el sur de Bélgica. Como siempre en Bélgica, la división es entre el sur francófono del país y el norte neerlandófono, Flandes. La memoria de la guerra en Flandes es un tema mucho más controvertido porque el movimiento nacionalista flamenco siempre se consideró un movimiento mucho más serio, por ejemplo, muchas de las personas que participaron en él habían sido intelectuales de cierta prominencia durante los años de entreguerras. De hecho, algunos de ellos siguieron siendo influyentes después de la guerra. Por eso, nadie podía obviar la colaboración durante la guerra en Flandes, como si no hubiese sido más que un mero accidente. Esa fue la razón por la que la misma tuvo que ser integrada en una narración de largo plazo del desarrollo del nacionalismo flamenco. Durante mucho tiempo eso llevó a insistir en que la colaboración había sido un gran error de idealistas ingenuos y que el nacionalismo flamenco se había curado de sus delirios sobre Alemania y el Tercer Reich.

Sin embargo, a partir de la década de 1980, surgió un nuevo tipo de nacionalismo flamenco que abrazaba positivamente el recuerdo de los años de guerra y que consideraba héroes, por ejemplo, a los nacionalistas flamencos que lucharon con uniformes alemanes en el Frente Oriental. Hay muchas más cosas criticables en esta nueva visión del colaboracionismo, especialmente porque forma parte de una tendencia más amplia en la política populista europea que pretende rehabilitar temas de la retórica política de extrema derecha que habían desaparecido en gran medida en las décadas de posguerra. Ahora bien, en el contexto flamenco, esta visión blanda de la colaboración en tiempos de guerra también tiene otras derivadas.

Bajo mi punto de vista, refleja un sentimiento más amplio de que Bélgica se ha derrumbado como comunidad política y, en ese marco, la elección de apoyar al bando alemán durante la Segunda Guerra Mundial no se considera tan negativa. En consecuencia, para una generación más joven de intelectuales y activistas políticos de mentalidad nacionalista flamenca, no existe ningún tabú contra la idea de que muchas de las mejores personas de Flandes apoyaron al bando alemán. Obviamente, son conscientes de que hubo varios elementos oscuros en esa época, en particular el Holocausto. Sin embargo, la idea general de que el nacionalismo flamenco tuvo un carácter idealista durante la guerra está cada vez más presente. No creo que los historiadores deban dedicar demasiado tiempo a rebatir estos argumentos, más allá de señalar que la realidad era más complicada que eso. Por ello, siempre que alguien me pregunta por la colaboración durante la guerra en Flandes, respondo señalando la importante resistencia que tuvo lugar en la misma región durante la guerra. Algo que tienden a soslayar las narrativas que atribuyen a Flandes un comportamiento pronazi.

A partir de sus primeros trabajos sobre Bélgica, tema que nunca ha abandonado, amplió el enfoque geográfico de su investigación y comenzó a trabajar sobre la historia de Europa. ¿Ha influido en su visión de la historia europea el hecho de llegar a ella desde la investigación de un país pequeño y geográficamente periférico cuya historia en el siglo XX ha permanecido al margen de las grandes narrativas sobre la historia del continente?

Creo que es una muy buena pregunta. En cierto modo, pienso que es muy fácil hacer historia europea desde la perspectiva de Bélgica. Cuando trabajas sobre Alemania, Francia, Italia o España, el peso de sus peculiaridades nacionales es tan fuerte que resulta difícil ser cons-

ciente de los patrones europeos más amplios. Normalmente, quienes investigan la historia de los grandes estados europeos tienden a comparar, implícitamente, su caso con el marco general del continente. En cambio, en Bélgica no existe esa necesidad de comparación por lo que la historia del país constituye un excelente laboratorio desde el que poder observar toda una serie de fenómenos de carácter verdaderamente europeo. En concreto, este país tiene una sociedad dividida de forma muy obvia, por la clase social, la lengua (neerlandés vs francés) y la confesión religiosa (personas católicas vs personas rotundamente ateas). Estos tres ejes de fractura no solo ofrecen la posibilidad de desarrollar líneas de investigación dirigidas a observar la capacidad de la historia belga para dar cuenta de fenómenos continentales, sino que permiten obtener una lista de temáticas que pueden ser posteriormente estudiadas en otros países europeos. En este sentido, los diez millones de personas que accidentalmente se llaman belgas, en un rincón densamente poblado del noroeste de Europa, muy cerca de estados mucho más grandes, dan cuenta a través de sus conflictos y divisiones de los patrones más amplios de la historia contemporánea europea.

Asimismo, cuando escribí mi libro *The Sorrows of Belgium* me di cuenta de que Bélgica es un escenario excelente para analizar las dificultades que experimentaron los estados nación en Europa durante la segunda mitad del siglo XX. En este sentido, no necesito explicar a un público español que la unidad del estado nación no es algo que pueda darse por sentado. En el caso belga, su muerte inminente viene anunciándose desde los años sesenta. A pesar de que tal cosa nunca ha llegado a suceder por completo, Bélgica constituye un buen banco de pruebas para profundizar en el estudio de lo que podríamos denominar la historia postnacional de Europa durante las últimas décadas del siglo XX. Nuevamente, al permitirnos ver

más allá de su propio marco nacional, Bélgica constituye una magnífica atalaya desde la que poder observar los fenómenos generales emergentes de la historia europea del presente.

¿Cuáles cree que son los principales retos que deben abordar los historiadores que trabajan en la historia contemporánea de Europa?

Creo que existen algunos temas de la historia europea del siglo XX a los que se ha prestado mucha atención. Estoy pensando en fenómenos como el fascismo o, más recientemente, la memoria, etc. Sin embargo, cuando hablo con estudiantes que quieren hacer doctorados sobre la historia del siglo XX, a menudo me encuentro a mí mismo recomendando temáticas que han sido tradicionalmente descuidadas por la historiografía. Una de ellas es el socialismo. Me parece que hay muchos estudios de caso sobre el socialismo en determinadas regiones industriales o rurales de Europa que aún esperan a su historiador. También creo que la historia de la masculinidad y especialmente de las identidades políticas masculinas en Europa ha sido muy descuidada, y creo que es importante que le prestemos más interés. Con todo, en términos más generales, considero que debemos resolver lo que pensamos sobre el final del siglo XX, en particular sobre los años setenta y ochenta. Como he mencionado anteriormente, podemos discutir sobre cuando cerrar el siglo XX. No obstante, permíteme sugerir que la mejor fecha para darlo por concluido es el ataque a las Torres Gemelas en 2001. Si aceptamos esta cronología, desde mediados de los años setenta —desde la muerte de Franco quizás— hasta el citado ataque en suelo estadounidense discurre toda una época de la historia europea que, en mi opinión, los historiadores todavía no comprendemos muy bien. Es por ello que necesitamos ir más allá de los temas obvios del neoliberalismo y el surgimiento de la Unión Europea, e intentar desarrollar una historia más

amplia de la trayectoria de Europa en ese periodo.

¿De qué manera afronta un historiador como usted, que nació en el siglo XX y ha dedicado su trabajo al estudio de ese siglo, el hecho de seguir investigando sobre él en el siglo XXI?

Esta es una cuestión que está directamente relacionada con la historia del presente que he mencionado anteriormente y que da pie a una reflexión más amplia sobre la misma. Si aceptamos que el siglo XX ha terminado, entonces necesitamos desarrollar una agenda de investigación para el siglo XXI y hablar de cómo los historiadores podemos ser relevantes en la Europa actual. De lo contrario, no estaremos desempeñando una parte fundamental de nuestra función social.

Para mí, la historia de lo que llevamos de siglo XXI puede articularse alrededor de tres ejes. El primero tiene que ver con el debilitamiento de las estructuras institucionales del estado nación. En este sentido, la creencia en que los mismos pueden controlar su propia historia ha decrecido, cómo también lo ha hecho el optimismo en que la Unión Europea asumiría finalmente muchas de las funciones de los citados estados. De este modo, nos encontramos frente a una crisis de gobernanza que se ve reforzada por procesos de globalización que hacen mucho más difícil que Europa se gobierne a sí misma. El ataque ruso a Ucrania y la movilización del Viejo Continente contra ese ataque han reavivado hasta cierto punto un sentimiento de coherencia europea que no creo que sea muy duradero. Por tanto, me parece que esta cuestión de la gobernanza y de cómo Europa se gobierna a sí misma es un tema crucial a la hora de abordar el estudio de la historia del siglo XXI.

El segundo de esos ejes está relacionado con la creciente diversidad de la población europea. Sin duda, esto es algo que hay que celebrar en

muchos sentidos. No obstante, como consecuencia de ello las trayectorias vitales y familiares de muchos de los habitantes del continente, especialmente en algunas grandes ciudades, ya no pueden ser integradas en la historia del continente. Su historia se sitúa fuera de él y eso nos obliga a los historiadores a plantearnos la necesidad de escribir una historia post-europea de Europa. Este es, sin duda, un reto enorme ya que gran parte de la historia de Europa del siglo XX se ha hecho girar alrededor de puntos de referencia específicamente europeos, particularmente las guerras mundiales, la Guerra Civil española y el Holocausto. Escribir una historia de Europa en el siglo XXI exige cambiar el enfoque y la mentalidad. Una forma de pensar en esto es apostar por fomentar una historia global de Europa. Sin embargo, el recurso a la categoría de lo global me parece demasiado fácil. Necesitamos una historia post-europea del continente capaz de enraizarse en la diversidad contemporánea del mismo.

Por último, el tercero de los ejes sobre los que gira esta historia europea del presente es lo que a menudo se describe como populismo, tanto de derechas como de izquierdas. La realidad que trata de abarcar este concepto es la reciente aparición de nuevas formas de hacer política, a menudo impulsadas por la ira, y habitualmente construidas sobre movilizaciones en la esfera virtual que preceden a su articulación en el ámbito político. Nuevos movimientos que han cambiado radicalmente el carácter de la política europea puesto que la gente ya no vota al mismo partido elección tras elección. Como consecuencia, la política europea se ha vuelto mucho más volátil, más personalizada, más airada y menos educada. En puridad, no creo que debemos preocuparnos excesivamente por ello. La idea predominante de que nos dirigimos hacia una nueva era dominada por diversas formas de autoritarismo me parece demasiado simple y pesimista. A me-

nudo, en el seno de estos nuevos movimientos populistas pueden encontrarse los ingredientes necesarios para el desarrollo de nuevas formas de democracia, aunque hasta ahora no hayan sido capaces de desarrollar alternativas institucionales e ideológicas coherentes y duraderas.

Actualmente, usted es una de las figuras más destacadas entre los historiadores que comenzaron a estudiar la democracia como objeto histórico hace un cuarto de siglo. Un campo de investigación que había sido dominado por la ciencia política desde la década de los cincuenta. ¿Qué han aportado los historiadores a la comprensión de la democracia?

Efectivamente, los historiadores se han interesado de manera creciente por la democracia en las últimas décadas. A decir verdad, cuando empecé a darle vueltas a la posibilidad de estudiar la historia de la democracia, pensé que era la primera persona en tener esta brillante idea. Como suele ocurrir, no tardé en darme cuenta de que muchas otras personas ya habían tenido la misma idea antes y, probablemente, estaban trabajando en ella mejor que yo. Gracias a todos esos trabajos, actualmente disponemos de una amplia historiografía sobre diferentes aspectos de la democracia y eso es fantástico. Sobre todo, porque todos esos estudios ponen de manifiesto que dicho sistema de gobierno nunca ha adoptado una forma única, sino que es un fenómeno histórico que ha ido cambiando a lo largo de los diferentes periodos de la historia europea moderna y contemporánea.

En este sentido, considero que debemos buscar rastros de la democracia en movimientos políticos que tradicionalmente no han sido considerados democráticos. Me refiero al comunismo y a la extrema derecha de los años treinta. La idea de que la extrema derecha y los grupos fascistas del periodo de entreguerras no eran democráticos bien podría considerarse una especie de juicio cívico o moral sobre

cómo queremos considerar esos movimientos. Sin embargo, pienso que las personas que participaron en ellos tenían a menudo la sensación de estar haciendo algo democrático, es decir, expresar la voluntad del pueblo y hacer que el gobierno respondiera mejor ante ella. Por lo tanto, creo que debemos ir a buscar la democracia dentro de los espacios no democráticos de la Europa del siglo XX. De hecho, al hacerlo, quizás estemos alejando el estudio de la democracia del campo de la ciencia política y de sus enfoques ahistóricos. Me parece que los intentos de definir la democracia alrededor del establecimiento de veinte o veinticinco atributos para posteriormente clasificar a los estados en un *ranking* democrático en función del grado de cumplimiento de dichos criterios por parte de cada uno de ellos, son interesantes. Sin embargo, esa aproximación al estudio de la democracia no tiene nada que ver con el enfoque de los historiadores.

Su último libro, Western Europe's Democratic Age, 1945-1968, es, en cierto modo, la culminación de más de dos décadas de trabajo. En él, ha explicado cómo las circunstancias históricas de la posguerra condicionaron en última instancia el triunfo de un modelo muy particular de democracia. Un modelo articulado en torno a unos parlamentos nacionales mucho más centrados en la gestión administrativa y más preocupados por seguir las recomendaciones de los comités de expertos que por promover la participación política activa de los ciudadanos. En la situación actual, ¿es apropiado hablar de la destrucción de este modelo? ¿O cree que estamos asistiendo a su transformación debido al cambio de las circunstancias históricas que le dieron origen?

En pocos meses, mi libro *Western Europe's Democratic Age, 1945-1968* va a ser publicado en italiano. Dado que el editor quiere que incluya en él alguna referencia a la era de Meloni, he estado escribiendo un pequeño epílogo. Es

comprensible que los editores quieran mantener al día los libros que publican, pero los historiadores siempre suspiramos cuando nos lo piden porque, a menudo, esta tarea nos parece imposible. A pesar de todo, creo que es importante intentar explicar dos cosas: adónde ha ido a parar la democracia en los últimos veinte años, y la aparición de la percepción dominante de que la misma está, de algún modo, en crisis.

A la hora de diseñar la agenda de investigación sobre la historia del presente en el siglo XXI de la que hablaba antes, es fácil encontrar algunos de esos elementos de crisis. Entre ellos resultan especialmente destacables la volatilidad de los patrones de voto, la aparición de fuerzas políticas con una forma de actuar que puede resultarnos desagradable y molesta, así como el surgimiento de la rabia como emoción predominante en la política europea. Sin embargo, no creo que debamos ver en ello señales de la decadencia de la democracia. Se trata de la crisis del modelo particular de la misma que he intentado describir en mi libro. Por ello, al tratar de actualizarlo para el público italiano lo que señalo es que quizás ahora podamos comenzar a entrever lo que está por venir. Así, tras un periodo de transición bastante largo que comenzó a finales del siglo XX, en este momento resulta bastante evidente la desaparición de ciertas tradiciones políticas muy arraigadas en Europa, particularmente la democracia cristiana.

Por lo tanto, tenemos que empezar por examinar cómo es la democracia del presente. En este sentido, creo que la misma se caracteriza, al menos, por tres elementos. Primero, tiene mucho más que ver con la democracia directa que con la representativa. Segundo, se trata mucho más de pedir cuentas a los gobernantes que de confiar en ellos. Hoy en día, existe una evidente falta de confianza en quienes dirigen los estados que, en mi opinión, es bastante saludable. Por último, se articula alrededor de la

construcción de visiones del «nosotros» en vez de en torno a un interés por un juego más abstracto y distante de la política representada por partidos y parlamentos. Sin duda, esto provoca la aparición de un lenguaje bastante excluyente, en el sentido de que trata de marginar a quienes no forman parte de ese «nosotros». De hecho, puede conducir a la adopción de algunos elementos de extrema derecha, incluso racistas. Sin embargo, creo que este lenguaje del «nosotros» también puede adoptar un carácter mucho más progresista, en términos de construcción de una comunidad nacional popular o incluso de una política local articulada alrededor de barrios y comunidades.

En este sentido, ¿cree que asistimos a una crisis de los valores democráticos y del apoyo a los mismos? ¿Son los valores democráticos un objeto histórico?

Sí, los valores democráticos han cambiado mucho. A decir verdad, no estoy muy seguro de si deberían seguir llamándose valores democráticos. Pienso que la idea de lo que es ser un demócrata que se construyó en su momento sobre una definición muy específica de lo que era la sociedad civil, ya no es válida en Europa. A partir de 1949, en la República Federal Alemana se desarrollaron varios proyectos para convertir a los ciudadanos de ese nuevo estado en demócratas. Para lograrlo, se les enseñó a no mostrar deferencia hacia quienes estaban por encima de ellos en la escala social, a escuchar a los demás y a discutir los problemas de manera razonable. Se trataba de una especie de régimen de democracia emocional que claramente ha desaparecido en la actualidad. Algo que probablemente esté muy ligado al cambio que han experimentado los valores de la clase media en Europa, porque gran parte de los valores democráticos en la Europa de la segunda mitad del siglo XX estaban unidos a las identidades de la clase media.

¿Qué la ha sustituido? La forma más obvia de definirlo es un énfasis en la política identitaria. Creo que, si se les preguntase, la mayoría de mis alumnos, supongo que como los tuyos, definirían la democracia en términos de poder ser ellos mismos. Es decir, la describirían en términos de su sexualidad, su género, su clase social, su identidad racial, o, incluso, su lengua. Todas ellas me parecen ambiciones democráticas perfectamente razonables. Ahora bien, una democracia en la que todo el mundo puede ser él mismo crea una serie de problemas morales y/o sociales sobre si deben permitirse ciertas formas de comportamiento bastante complejos para la sociedad. En Gran Bretaña se han producido debates sobre cuestiones como si las personas pueden registrarse como trans, redefinir su sexualidad, etcétera. Sin duda, son temas complejos y serios, pero, en mi opinión, no cuestionan el carácter democrático de ese nuevo conjunto de ideales basados en la identidad y, hasta cierto punto, no solo en la libertad de opinión sino en la libertad de acción y elección.

Creo que, en el siglo XXI, Europa se ha vuelto, en general, más tolerante a la hora de permitir que las personas sean ellas mismas. Incluso si miramos dentro de los partidos populistas europeos de derechas podemos encontrar algo de esa tolerancia. Resulta demasiado simple decir que una formación como *Fratelli d'Italia* es autoritaria, porque en sus prácticas a menudo es realmente democrática y bastante tolerante con ciertas formas de diversidad. Por supuesto, tienen un discurso desagradable sobre el modelo de país que, a nivel general, les gustaría construir en Italia. No obstante, creo que esto permite observar el divorcio entre cierta forma de retórica política y las prácticas que adoptan. Obviamente, nunca se me ocurriría minimizar los peligros de una cultura de violencia política en Europa. Con todo, considero que actualmente el grado de violencia política en el continente es históricamente bajo, no sólo

en comparación con la época posterior a 1945, sino especialmente en comparación con la década de 1930. Por lo tanto, no creo que nos encontremos ante una crisis fundamental de los valores democráticos. Bajo mi punto de vista, estos valores se han transformado en algo que probablemente podríamos llamar valores personales e identitarios.

En la actualidad se publican cientos de libros que intentan describir y/o advertir sobre la crisis de la democracia. En muchos de ellos no es difícil detectar una mirada nostálgica al periodo de posguerra, al que a menudo se refieren para ejemplificar cómo debería funcionar la democracia. Sin embargo, en retrospectiva, ese periodo se caracterizó por circunstancias bastante diferentes a las de nuestro tiempo presente. Por ejemplo, la Europa de posguerra era un mundo mucho más homogéneo racial y culturalmente que la Europa actual. ¿Cree que es peligroso mirar al pasado con nostalgia?

Sí, desde luego. La nostalgia que ha caracterizado a la cultura política de Europa Occidental en los últimos veinte años —excepto en España— es una nostalgia de los veinte o treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y la idea de que las cosas funcionaban mejor entonces: había un mayor crecimiento económico, teníamos un mejor gobierno, y existía un consenso más amplio sobre los valores democráticos. Bueno, algo de eso puede ser cierto, pero también lo es que aquel modelo de democracia se sustentaba en la desigualdad. Se basaba en la idea de que algunas personas contaban más que otras, y que las estructuras democráticas debían impedir que se oyeran distintas voces. Estoy pensando sobre todo en las mujeres, en los grupos de inmigrantes, pero también en el estrechamiento del espectro político que se produjo en la Europa de la Guerra Fría con la deslegitimación del comunismo y del posfascismo. Por lo tanto, me parece un poco fantasioso

imaginar que podemos volver a ese tipo de homogeneidad. Debemos alejarnos de esas narrativas a largo plazo de crecimiento democrático y, en su lugar, como ya he dicho, intentar crear una línea divisoria entre los siglos XX y XXI y analizar el siglo XXI liberado de las sombras del siglo XX.

En otro lugar, ha mencionado que, si tuviera que diseñar un curso sobre el siglo XX, lo titularía «La lucha por lograr formas estables de gestionar el pluralismo participativo». Ahora bien, como historiador de dos regímenes dictatoriales periféricos que sobrevivieron a 1945, tengo la impresión de que los grandes relatos históricos sobre ese periodo tienden a interpretarlo como si el antiliberalismo hubiera desaparecido del suelo europeo tras la derrota de los nazis. En este sentido, la historia del franquismo y del Nuevo Estado portugués ha quedado fuera de los grandes relatos de la historia europea posterior a 1945. ¿Cómo cree que puede reintegrarse la historia de ambos regímenes después de 1945 en los relatos generales de la historia del continente?

No parece el título más atractivo para ganar el entusiasmo de las masas, ¡pero creo que es probablemente lo que ahora pensamos que fue el siglo XX en la esfera política! Mi opinión general es que los diversos regímenes autoritarios que se implantaron en España y en otros lugares de Europa durante los años treinta y cuarenta tuvieron muchos aspectos terriblemente oscuros y violentos. Sin embargo, al mismo tiempo, fueron intentos de construir una forma viable de política de masas que fracasaron porque en muchos casos recurrieron a la guerra, que perdieron, o colapsaron como consecuencia de la aparición en su interior de diferentes formas de faccionalismo y de favoritismo interesado.

Cada uno puede tener su propia opinión sobre el régimen de Franco a partir de los años

cincuenta y sesenta. Personalmente, creo que hubo momentos a lo largo de ese periodo en los que se produjo una especie de transición pseudodemocrática impulsada por la existencia de diferentes grupos dentro del régimen interesados en crear formas limitadas y controladas de democracia. Si comparo esas formas políticas con las prácticas democráticas en Italia o en Alemania Occidental durante el mismo periodo, puedo observar diferencias reales de grado, pero no diferencias masivas de tipología.

Siempre he sostenido que la democracia que surgió en Europa Occidental en los años cincuenta y sesenta era bastante limitada y controlada. Si su punto de partida era la democracia, la cuestión era cómo imponer límites institucionales para garantizar su estabilidad. En España y Portugal, la cuestión fue la contraria: el punto de partida era la dictadura, y cómo hacerla viable intentando insertar en ella diversas estructuras democráticas. En cierto sentido, lo que ocurrió en este periodo fue que estos dos planetas se acercaron, pero nunca llegaron a fusionarse del todo, entre otras cosas porque las fuerzas dirigentes de los regímenes español y portugués nunca desarrollaron un impulso rotundamente democrático. Finalmente, en Portugal la dictadura fue derrocada y en España, tras la muerte de Franco, se produjo una transición dirigida por las elites. De este modo, ambos regímenes fueron derrotados y sucedidos por la construcción de una estructura completamente nueva. Eso nos ha impedido, como historiadores, integrar la historia del franquismo y del *Estado Novo* portugués en la trayectoria más amplia del proceso de modernización de esa zona de Europa y del surgimiento de lo que he llamado «una lucha por formas estables de gestionar el pluralismo participativo». Esto es especialmente cierto en España, donde la dictadura franquista podría situarse en un marco temporal más amplio que incorporase la dicta-

dura de Primo de Rivera. Cuando adoptamos este enfoque, resulta más fácil integrar España (y Portugal) en la historia más amplia del siglo XX. En particular, lamento la ausencia del franquismo y del *Estado Novo* portugués en las historias generales de Europa después de 1945. No sólo porque son casos importantes en sí mismos, sino también porque ambos regímenes nos ayudan a comprender los rasgos menos democráticos de la democracia europea occidental de posguerra.

¿No cree que el franquismo y el Estado Novo portugués permiten situar en la historia europea occidental de posguerra la idea de que el anti-liberalismo no desapareció después de 1945?

Y eso es bueno, ¿no crees? Debido a la supremacía de las estructuras estatales democráticas después de 1945 en Europa Occidental, hemos asumido que se produjo una victoria paralela de los valores liberales. Pero los valores liberales no fueron predominantes dentro de numerosas fuerzas políticas después de 1945, los cristiano-demócratas y los comunistas, por ejemplo. Por ello, cuando uno mira hacia España puede observar una estructura política sustentada en valores explícitamente antiliberales y me parece que es una forma excelente de apreciar el hecho de que la política en Europa Occidental no se hizo enfáticamente liberal después de 1945. El proyecto de escribir una historia del liberalismo en Europa desde, digamos, la década de 1960 hasta nuestros días sería extremadamente complejo. Debería partir del reconocimiento de que las culturas del liberalismo cambiaron rápidamente y que, a menudo, coexistieron con otras estructuras de valores –nacionalismo, catolicismo, comunismo– que no privilegiaban las prácticas y libertades liberales sobre otros valores.

Una última pregunta, en uno de sus trabajos más recientes ha reflexionado sobre la proble-

mática relación entre el proyecto de integración europea y la democracia. En este sentido, tanto los defensores del Brexit como los sectores ultra-conservadores de Europa del Este han señalado la incompatibilidad entre un proceso de integración supranacional europea y la democracia. ¿Cree que la democracia es posible fuera del estado nación?

Es habitual escuchar que Europa tiene un déficit democrático. Para los historiadores, esto no resulta sorprendente. El proyecto de crear instituciones europeas supranacionales que se puso en marcha a partir de los años cincuenta fue francamente poco democrático. No es que fuese abiertamente antidemocrático, simplemente no sentía ninguna necesidad de ser democrático. De hecho, ese era precisamente uno de sus principales atractivos. Al crear una esfera de toma de decisiones situada por encima de la política democrática de los estados nación, habilitó a políticos, administradores, expertos económicos y diversos grupos de interés para negociar compromisos que hicieron posible, por ejemplo, la modernización de la industria europea del carbón, la creación de un sector agrícola mucho más moderno y otros objetivos que parecían difíciles de alcanzar a escala nacional. No obstante, si se les podía poner la etiqueta de europeos, eso los legitimaba de una manera que hubiese sido impensable con anterioridad.

A pesar de que Europa se diseñó de manera no democrática, con la elección del Parlamento Europeo a finales de la década de los setenta se intentó introducir algunas estructuras democráticas en lo que posteriormente se convirtió en la Unión Europea. En cierta medida, ese objetivo se ha conseguido. Las instituciones en torno al Parlamento Europeo, pero sobre todo alrededor de otros organismos europeos como la Comisión, se han abierto cada vez más a las influencias democráticas de diversos grupos de presión, estoy pensando sobre todo en

los gobiernos regionales de Europa, que ahora tienen cierta capacidad de influencia en las políticas de la Unión Europea. No todo tiene que pasar por el control del estado nación. Asimismo, a lo largo de todo este proceso se han introducido toda una serie de nuevos lenguajes democráticos en la política europea, especialmente en su apertura a los nuevos estados de la parte central y oriental del continente, que sin duda han desempeñado un papel importante en el fomento de la difusión de los valores democráticos.

En última instancia, no veo ninguna razón por la que la Unión Europea no pueda ser democrática. Sin embargo, la realidad es que no lo es y creo que las diferentes crisis que han atravesado sus instituciones en los últimos diez años han hecho que esa transformación democrática sea mucho menos probable. Esta situación se refleja en el debilitamiento del papel de la Unión Europea y en la capacidad de estados como Reino Unido, a través del Brexit, pero también de algunos otros de simplemente hacer caso omiso de la autoridad superior de Bruselas. En los próximos diez años, creo que es probable que veamos una reducción del papel de la Unión Europea hacia ciertas tareas básicas para las que su papel mediador y moderador parece realmente esencial. Es decir, siempre habrá estructuras europeas de cooperación y coordinación económica que pasarán por las estructuras de la Unión Europea. Sin embargo, la perspectiva de que moriría como ciudadano de un único estado europeo ha desaparecido claramente del horizonte. Y eso no es sólo porque sea británico. Creo que, en general, la idea de que Europa está cerca de convertirse en una gran unión democrática ha desaparecido del ámbito de las posibilidades políticas.

¹ Esta publicación es parte de la ayuda RYC2021-034912-I, financiada por MCIN/AEI/10.13039/501100011033 y por la Unión Europea «NextGenerationEU»PRTR»,